



DEMOCRACIA, PODER Y CIUDADANÍA EN LA SOCIEDAD Y LA ESCUELA

- El maltrato: Consecuencia de un modelo de relaciones y ejercicio del poder. Modelo social, familiar y escolar.
- Principios democráticos y objetivos educativos: Libertad, justicia e igualdad. Su realidad cotidiana en la vida escolar.
- Estereotipos, papeles y relaciones de género: Ciudadanía incompleta de las mujeres. Ciudadanas de segunda en la sociedad y en la escuela.
- Ciudadanía completa: Igualdad de oportunidades, de trato y de condiciones entre mujeres y hombres. Ciudadanas y ciudadanos en la sociedad y en la escuela.
- Coeducación: Educar en igualdad para acabar con el maltrato, educar en igualdad para la ciudadanía completa y la democracia. Alternativas cotidianas en la vida escolar.

M^a Elena Simón Rodríguez. rodrilena@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

Los vertiginosos cambios en las vidas del conjunto de mujeres habidos en los últimos años y las dimensiones que este fenómeno cobra en el conjunto de la población, está provocando ciertos desajustes de consecuencias indeseables: violencia, desigualdad e injusticias, falta de representación paritaria, desequilibrio en los usos del tiempo, falta de comunicación entre mujeres y hombres, fracasos relationales. El acceso en masa de las chicas a todos los niveles educativos supone la revolución social más significativa del siglo XX, pero conservando la desigualdad: en los trabajos pagados y no pagados, en el poder, en los usos del tiempo, en el acceso a recursos y en la limitación de la libertad de elección.

Esto es lo que ha ocurrido hasta ahora. Sólo ha alcanzado la extensión a las mujeres de ciertos derechos de ciudadanía (por ejemplo: educación, justicia, salud, voto) y no a costa de hurtarlos a los que ya los disfrutaban. Simplemente se han extendido de la mitad al doble sin perder en este reparto quienes los obtuvieron con anterioridad.

Pero los espacios de poder -del “poder” doméstico y del poder político- permanecen casi totalmente ocupados por mujeres o por varones respectivamente y es necesaria una justa redistribución para que las cosas cambien definitivamente: para que entren unas han de salir otros y para que entren unos han de salir otras, cuando del poder doméstico se trata. En los ámbitos laborales nos hallamos a mitad de camino ¿cuántas veces no hemos oído que el paro (de los hombres) se debe a la incorporación oficial de las mujeres a la población activa y ocupada? Pero, mal que bien se nos ha ido haciendo un huequito.

Las mujeres ya hemos hecho algunos deberes como ciudadanas de pleno derecho: por ejemplo, enunciamos hace años -en los 60 de mil novecientos- que “lo personal es político”. Sólo falta que no lo olvidemos y que lo vayamos llenando de contenido: desarrollando un discurso original y propio en este sentido y llevando a cabo las buenas prácticas correspondientes, no sin olvidarnos de la insistencia y presiones que son necesarias para la consecución de estos fines.

Para ello lo primero de todo es buscar una posición clara respecto a la idea de participación social y política. Al no haber sido partícipes ni beneficiarias de las democracias en un primer momento, proponer una forma peculiar de participación resulta cuando menos sospechoso, exótico o considerado innecesario. Generalmente se nos tolera bien cuando nos adherimos al poder establecido, pero cuando se nos ve o se nos oye con imagen y voz propia se nos intenta deslegitimar o neutralizar, considerando que lo mejor que podemos tener es un trato de ciudadano. También ocurre que muchas veces somos nosotras mismas las que nos intentamos neutralizar por si acaso, sin haber experimentado siquiera formas, modos y maneras originales.

La cultura política clásica - patriarcal, excluyente y elitista- no nos hará un hueco si no nos lo hacemos nosotras mismas, inventando lo que sea menester para que así ocurra. Nuestra ciudadanía plena no es evidente en el discurso ni automática en la práctica.

¿QUÉ ES CIUDADANÍA? ¿Ser? ¿Estar? ¿Existir? ¿Tener voto? ¿Tener voz?

Ser

El simple talante participativo no basta. Muchas veces no nos dejan, otras no nos dejamos, no podemos o no sabemos. La actividad participativa, la creatividad en forma de propuestas, las tareas que de ello se derivan, no siempre juegan a nuestro favor. Muchas veces sólo estamos físicamente, resolviendo papeletas, realizando tareas subalternas o invisibles, poniendo paz, apagando fuegos o ejecutando decisiones vicarias, como altavoz o portavoz de nuestros “amos” simbólicos, que ahora toman formas más amables y aceptadas, como jefes, colegas o compañeros.

Estar

En la actualidad, y gracias en parte a la aplicación (sospechosa a veces, denostada o imperfecta) de la Paridad, encontramos mujeres en todas partes. Siempre hay alguna o incluso bastantes, en Consejos, Consistorios, Parlamentos. Son titulares o consortes. Casi siempre pocas; pero ahí están, para que las demás las veamos y nos podamos mirar en ellas. Para abrirnos camino. Pero, hasta el presente, no nos representan bien. La mayoría son aún delegadas patriarciales.

Existir

Lo importante en la participación democrática es que se nos vea: ocupando espacios por derecho propio, obteniendo reconocimiento, en suma. En algunas organizaciones no gubernamentales las mujeres existimos: se nos busca y se nos considera casi imprescindibles. La pena es que no se nos busque de igual modo y con tanta visibilidad y existencia en organizaciones poderosas y gestoras de grandes recursos como los Consejos de administración, las Academias, los Rectorados, los Comités, los Equipos de gobierno o las Jerarquías religiosas, que son las instituciones que ostentan poder y representación. La Paridad en nuestro actual ejecutivo es una muestra importantísima de lo que puede significar contar con las mujeres como ciudadanas plenas, pero también es un ejemplo de las resistencias que encastillan las mentes y los espacios de poder constituido, con todo tipo de pegas y de argumentos en contra con tal de deslegitimar esa representación paritaria.

Tener voto

Las mujeres somos la mitad siempre. Pero de forma androcéntrica se nos considera candidatos, ciudadanos, habitantes, jóvenes, alumnos. Así es que no se sabe bien cuál es nuestro criterio en cuanto a preferencias o inclinaciones. El siglo XX ha sido el siglo del voto de las mujeres, pero como simples votantes. Aún no se valoran como políticamente rentables las políticas activas de acción positiva –que yo preferiría llamar acciones compensatorias- para contrarrestar las discriminaciones históricas y sus secuelas. Por tanto, los recursos dedicados a políticas públicas que faciliten la vida de las mujeres, son muy escasos. Pongamos por caso el casi inexistente apoyo a la maternidad y a la crianza.

Tener voz

En este siglo XXI se ha de desarrollar activamente por nuestra parte el derecho a la libre expresión y a la publicidad adecuada de nuestro pensamiento, opinión, conocimientos y propuestas. Hemos de firmar, escribir, tomar la palabra pública, alzar nuestras voces colectiva e individualmente. Así empezaremos a tener influencia y autoridad, a poseer referentes en quienes mirarnos. Las mujeres actuales hemos de empezar a brillar como autoras, inventoras, artistas, sabias, creadoras. Empezamos a

hacerlo, pero nuestra palabra pertenece todavía al mundo de la charla, no trasciende y su eco permanece cautivo, considerado como *cosa de chicas*. Pensemos aquí en la labor ingente pero silenciada y aún muy desconocida para la población en general, que se realiza en los Departamentos Universitarios o Institutos de Estudios de las Mujeres y del género, en torno y gracias a los organismos de Igualdad y por parte de Asociaciones de mujeres y de profesionales de varios campos.

Esta voz que suena y se reconoce en los rincones *apropiados*, forma parte de la cultura humana y ha de pasar por tanto a la común cultura humana, despojada poco a poco de ese vicio oculto patriarcal llamado *androcentrismo*: lo de los hombres es lo humano y lo de las mujeres es sólo de las mujeres. ¿Es esto lógico? ¿Se puede seguir sosteniendo con normalidad?

¿QUÉ SIGNIFICA PARTICIPACIÓN DEMOCRÁTICA?

La participación se mide por la Representación y la materialización de ésta: adjudicación adecuada y equilibrada de recursos. ¿Quién representa a las mujeres como tales? ¿A quién representamos nosotras? ¿Nos llaman para legitimar nuestra ausencia, con la excusa de que ya estamos ahí algunas, “las mejores” por cierto?

¿Tenemos presupuestos con los que se pueda hacer frente a necesidades específicas de esta mitad humana?

Participar también es *recibir una parte de algo y compartir, tener las mismas opiniones o ideas*, según el DRAE.

¿Recibimos la mitad que nos corresponde? ¿Compartimos y comparten los varones con nosotras trabajos y recursos, cargos y cargas? ¿Tenemos una visión del mundo semejante, una experiencia comparable, unos propósitos, gustos y deseos equivalentes? ¿Gastamos lo mismo? ¿Ahorramos igual?

¿Recibimos nada más que algún favor a cambio o alguna concesión si nos comportamos sin contradecir, sin andar reclamando todo el tiempo lo que siempre se olvida? ¿O salimos en la foto sólo cuando decoramos y callamos en público?

¿LO POLÍTICO ESTÁ EN EL ÁMBITO PÚBLICO Y LO PERSONAL EN EL PRIVADO?

Esta división clásica, proveniente de la primera cultura industrial urbana moderna, está impidiendo de hecho la ciudadanía plena de las mujeres en su conjunto y a los hombres también les tapona sus distintas facetas vitales, distintas a la laboral y social. El ámbito relacional y familiar sigue siendo el dominio de las mujeres, connotado de gratuidad, exigencia y pesadez y a él se adscriben con gran dificultad y lentitud pocos varones.

“Público, a”, según el DRAE es *lo notorio, patente, manifiesto, visto y sabido por todos*... “perteneciente a todo el pueblo” ... “potestad, jurisdicción y autoridad para hacer una cosa”...

Contrapuesto a: “Privado, a”: que se ejecuta a vista de pocos, familiar y domésticamente, sin formalidad ni ceremonia alguna”... “particular y personal de cada uno”... “que no es público”.

La vida pública o el ámbito de la Justicia, lo ocupacional, lo cívico- político y lo social está conceptualizada por el sistema patriarcal como lo propio de los varones, en tanto que ciudadanos y trabajadores. Es el ámbito desde el que se planea, dirige, determina e impone el sistema de vida económico, político, ideológico, cultural y científico. También las relaciones de parentesco y de poder entre los sexos, las edades, las clases. En la jerarquía obtiene lugar preferente y valoración al alza.

ADSCRITOS A LO PÚBLICO, los varones están “COLGADOS EN EL FIRMAMENTO”. Allí gestionan su tiempo de forma lineal (un tiempo para cada cosa), ocupan la calle y los espacios de influencia, juego o diversión, planean, miran el panorama, se conceden importancia recíproca, se acompañan, se intimidan. De ese firmamento no descienden, no pueden ni quieren “QUEDAR PEGADOS AL NIDO”

La vida privada o el ámbito del Cuidado, lo doméstico y familiar, lo relacional y afectivo es el dominio de las mujeres en su conjunto, en tanto que madresposas, sobre todo. Ahí se aprenden las cuestiones básicas de la existencia, pero sobre todo, las relaciones dicotómicas y de poder desigual entre los sexos, la división del trabajo, la doble moral, los roles de los géneros. Ocupa el lugar secundario y una valoración a la baja: el cuidado no se remunera, se supone y se espera recibirla de forma desinteresada.

ADSCRITAS A LO PRIVADO, las mujeres estamos “EN EL SUELO PEGAJOSO”, el nido siempre abierto, el ámbito del Cuidado, la atención personal. Allí gestionamos nuestro tiempo de forma circular (todo el tiempo para todo), es nuestro lugar de trabajo más duro, insoslayable, continuo, del que se supone que no debemos desaparecer nunca. Con todo él a cuestas (recordar que se le llama carga familiar) las mujeres subimos escalones en nuestro ámbito laboral y profesional sin advertir que así de cargadas tropezaremos tarde o temprano con “EL TECHO DE CRISTAL”, que nos está esperando, agazapado y sin avisar, en cualquier descansillo de nuestro empinado itinerario y que no podemos o no queremos destruir, solas o acompañadas en el empeño.

¿CÓMO REPRESENTAR Y REPRESENTARNOS SIN MORIR NI MATAR EN EL INTENTO?

Morir simbólicamente o desaparecer, confundirnos dentro del universal masculino, ceder a las presiones, ofrecer complicidad y lealtad a los hombres importantes de

nuestras vidas, posponer nuestros intereses, silenciar nuestras propuestas, defender al otro, aliarnos con el contrario. Esta es la fórmula de participación femenina actual y generalizada, típica de la subordinación, del segundo sexo, de quien se halla en mala situación e intenta paliarla empleando poderes subterráneos pero eficaces, armas ocultas.

El extremo opuesto se conseguiría por medio de una presión desmedida: hacer desaparecer, silenciar, negar. Ser beligerantes y vengativas. Vencer para mandar. Pagar con la misma moneda. Conceptualizar el mundo a través de lo femenino. Hacer esclavos a los vencidos para ponerlos a nuestro servicio.

Pero no nos conviene ni nos favorece ninguna de las dos posturas que, en el fondo, responden a la filosofía de la guerra: ganar-perder.

Lo que nos conviene es entrar con derecho propio por la puerta grande, con luz y taquígrafos/as. Con nuestras propias voces y estilo peculiar, en nuestro beneficio -que es el beneficio de toda la humanidad porque somos más- en el sentido de la vida, no de la muerte. Para compartir una casa que también nos pertenece y donde tengamos un espacio y un tiempo propios. Una casa muy grande llamada "Villa Política", en la que hasta ahora, aun siendo más estamos menos: menos representadas, menos representantes.

Nos conviene contagiar al campo público de una nueva filosofía: la del ganar-ganar. Innovar, generalizando aquellas virtudes deseables que el patriarcado nos asignó como mujeres, universalizándolas en forma de valores cívicos, como serían las de la empatía, la mediación, el cuidado y la hospitalidad, para convertirlas en reconocimiento, seguridad, y respeto, como normas de actuación en el ámbito de lo público. Esta es también una nueva fórmula para aplicar el dicho "hacer de la necesidad virtud". Extendemos la necesidad a toda la humanidad y proponemos compartir la virtud con nuestros iguales los varones.

PERO, ¿TODO ESTO ES POSIBLE? ¿NO ES UNA VISIÓN EXCESIVAMENTE UTÓPICA?

En las condiciones actuales, desde luego que es posible, pero parece muy difícil. No obstante, sabemos que en otros tiempos y en otros lugares del mundo también resultó o resulta imposible lo que aquí y ahora ya está aceptado y generalizado como normal y deseable.

Lo que no debemos olvidar es que los avances no se producen solos. Hay que presionar continuamente, exigir, trabajar creativamente para innovar, contrastar procesos y resultados, evaluar posiciones de eficacia.

Propongo variar desde el paradigma de la guerra al paradigma del pacto, del *ganar-perder* al *ganar-ganar*. En el siguiente apartado concretaré un poco más esta propuesta.

Normalmente vivimos en estado de guerra, de sitio, de venganza o de sospecha. Con nosotras mismas, entre nosotras, con los varones. Ahí se desperdician todas las energías y se pierden las posibilidades de innovar. Pero para poder innovar en forma positiva tenemos que practicar la Tolerancia 0 con la miseria, el machismo, el sexism (hostil o benévol) y el androcentrismo. No colaborar. No caer en el Síndrome de Estocolmo. Si seguimos así seremos siempre las segundas, las marginadas o las impertinentes. No seremos nunca las semejantes / equivalentes, de igual rango, valor o categoría.

Es importante creernos que entramos en una nueva época y que ahí tenemos un papel distinto al heredado. Esta posición es la única garantía para desarrollar nuestras propias claves a favor de una democracia cada vez menos formal y más real e incluyente, que nunca lo será sin el reconocimiento paritario hacia todos los seres humanos, empezando por todas las mujeres, como mitad de la humanidad.

ALGO MÁS QUE UN DIÁLOGO CURIOSO Y ORIGINAL: RECONOCIMIENTO, INFLUENCIA Y REDISTRIBUCIÓN.

¿Cómo podemos hacer de estas propuestas una práctica cotidiana en nuestras tareas de representación y participación?

En el espacio y tiempo de una simple ponencia, sólo me atreveré a enunciar alguna clave de actuación, que resumiría como *los tres pactos*: El pacto íntimo, el pacto de las mujeres y el pacto con los hombres.

1.- El pacto íntimo

Cada una consigo misma. En la búsqueda de una identidad propia. Para la construcción de nuestra subjetividad elegida, cambiante, despojada de prejuicios y de suposiciones de género.

¿Por qué los proyectos de vida de las mujeres están impregnados de decisiones en función de los demás? ¿Por qué posponemos continuamente nuestros deseos y necesidades? ¿Por qué las culpas nos acompañan día y noche? ¿Por qué no nos permitimos decisiones innovadoras? ¿O continuamos buscando protección, sombra, amparo, nombre o filiación masculina?

Para ayudar a realizar este pacto: asociarnos, mirarnos, preguntarnos, desarrollar habilidades instrumentales y técnicas, aprender sobre nosotras, salir de los silencios, romper mitos y tabúes, lavar los trapos sucios juntas. Que cada una tenga en su mano ingredientes para hacer de su vida una vida propia, para crear un modelo singular, en suma.

2.- El pacto de las mujeres

Cada una con las demás. Hemos de aprender a reconocer que todas venimos de una posición de género subordinada o segundona en la que no hemos participado activamente, sólo nos hemos rebelado contra sus dictados o los hemos seguido. Conociendo esto podremos combatir la rivalidad que nos está haciendo perder tiempo. Las mujeres políticas y representantes han sido elegidas y eso es un gran honor. Pero hemos de conocer que no tenemos la experiencia histórica transmitida respecto a lo que eso significa. Lo tendremos que inventar juntas, con todas nuestras discrepancias. Incluso haciendo alianzas mujeriles interpartidistas y de las mujeres de calle y de casa con las de los escaños. Este pacto llamado intragénero va a ser garantía de subsistencia política para nosotras. En caso contrario siempre seremos voz del amo, servidoras, sombras adheridas al poderoso, frágiles en nuestras posiciones, blanco de misoginia, desprecio, buscadas porque somos útiles o decorativas, pero en riesgo de ser borradas en cualquier momento, invisibles o ninguneadas.

3.- El pacto con los hombres

Una vez reforzadas nuestras posiciones, es decir, con una dosis alta de empoderamiento colectivo y una poderosa identidad personalmente elegida, adquiridas éstas características en el proceso y en la práctica del pacto íntimo y del pacto intragénero, estamos ya en condiciones de vernos como pares, equivalentes y equipotentes respecto a los varones, nuestros aliados y colegas naturales, por fin.

No entrar nunca en una guerra de sexos. No se trata de ganar donde antes se perdió. Sí se trata de hacer reconocer la deuda histórica y la aportación que las mujeres hacemos al bienestar y a la economía. Sentarnos en mesas de Paridad y de Justicia, al lado de ellos, no enfrente, ni arriba, ni abajo, ni detrás. Revalorizar las cuestiones ligadas al rol femenino, impregnar los espacios de poder de nuestras maneras, habilidades y valores. Hacer a la política y a la vida más mixta, feminizarla, que nuestra presencia se note, se respete y se atienda.

Pero hemos de ser muy conscientes de que esta cultura está por construir y que va a encontrar y encuentra resistencias en su práctica. También entre nosotras y con nosotras. No nos han dado nada hecho. La herencia patriarcal no nos sirve sino que nos perjudica. Sólo engaña a unas cuantas *abejas-reina* que sufren el espejismo de haber sido “elegidas” por ser las mejores. Las demás quedamos atrás, invisibles, desdibujadas en el conjunto de ciudadanos y a la siguiente legislatura, vuelta a empezar. No consolidaremos nuestras posiciones hasta que no tengamos voz propia y titularidad indiscutible.

Y EN TODO ESTO, ¿QUÉ TIENE QUE VER LA ESCUELA?

La escuela ha estado hasta ahora de espalda a la realidad de las mujeres, de las chicas, de las niñas. Simplemente las ha ido admitiendo y abriendo espacios para

ellas, allá donde sólo hubo segregación. Pero al día de hoy, la escuela no cuenta con las alumnas ni con las profesoras, aun siendo ellas mayoría numérica, que no simbólica.

Las chicas pasan su tiempo de escolarización aplicadas a sus labores escolares, fijándose siempre como modelo lo masculino: para imitarlo o para unirse a él de la forma más parecida posible. Los chicos huyen de este acercamiento mimético, se descolocan, no les gusta compartir terreno con ellas.

En realidad la escuela prepara para la desigualdad, sin criticarla. De ella salen los chicos cada vez antes y sin muchas titulaciones, pero convencidos de que se ganarán la vida en algún sector de prestigio o bien pagado. Las chicas permanecen en el sistema escolar, más adaptadas, convencidas aún de que en la cualificación encontrarán una buena forma de promoción personal y social, pero luego rebajan las expectativas, aceptan peores condiciones de trabajo, abandonan sus empleos, están dispuestas a conciliar la vida familiar y laboral a cualquier precio. Y en otro orden de cosas no se extingue la violencia en la pareja ni el acoso sexual, se multiplican los embarazos no deseados en las más jóvenes. También es cierto que muchas de ellas mimetizan las actitudes masculinas más clásicas, atraídas por el éxito que tienen.

¿A dónde vamos con estos desencuentros?

La Escuela democrática tiene que ser coeducadora

Los retos de la escuela actual tienen que ver con la integración de las diferencias y con el objetivo de la Igualdad.

Para ello tenemos que integrar todo aquello que le falta: estudio y revalorización de la obra humana de las mujeres, lenguaje incluyente, imágenes y modelos variados y positivos, educación para la afectividad, el intercambio y la comunicación intersexual.

Por otra parte, quizás, habría que disminuir todo aquello que le sobra: exceso de modelos y formas masculinas de ocupación de espacios y tiempos, lenguaje reiterativo y reforzador del modelo masculino clásico, detención de la relación entre masculinidad y violencia, fomento de actividades mixtas y cooperativas.

Todo esto no es ni más ni menos que preparar para la ciudadanía a chicas y a chicos. Una ciudadanía de derechos y deberes iguales, que ha de manifestarse en lo personal y en lo político. La escuela tiene que ver con lo personal y con lo político, sin duda.

--

Jornada de trabajo con el profesorado del Proyecto NAHKO.
EMAKUNDE. Vitoria-Gasteiz, 4 de Abril de 2006